13.

ALIATAR,

LEYENDA ORIENTAL Y EN VERSO

DE

D. ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.



HUELVA.—1869.

Imp. de Galvez y Palacios, Concepcion, 17.

A MI QUERIDO AMIGO EL POETA

Sr. D. GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE.

Permítame V., Amigo mio, que le dedique este pequeño trabajo, fruto de algunas horas de pobre inspiracion. Permítame V. que se lo dedique en prueba de que debo á sus consejos cariñosos parte de lo que haya podido adelantar en mis aspiraciones. Léalo V. con detenimiento; si encuentra algo digno consérvelo, como muestra de cariño y gratitud; si no halla nada bueno, despréndase de los pensamientos del poeta, para fijarse únicamente en el afecto de su amigo

Antonio Lopez Muñoz.

PRÓLOGO.

No ha mucho tiempo que un reputado escritor madrileño dijo al juzgar las obras presentadas por los artistas sevillanos en la exposicion nacional de Bellas Artes, verificada en la Córte, que *Sevilla habia muerto para el arte.* Tan atrevida como injusta aseveracion ha contribuido en mi concepto poderosamente á la animacion artística y literaria que de dos años á esta parte se ha notado en la capital de Andalucía; y era lógico que así sucediese: la pátria de Velazquez y Murillo, de Herrera y de Rioja, estaba en el deber de demostrar con hechos y no con vanas palabras, que en el corazon de sus hijos arde aun el fuego sagrado que inspiró á aquellos génios, y que tanto en el ramo de Pintura como en el de la Literatura puede decir todavía levantando con orgullo la frente: "Venid, amantes del arte, venid á mi hermoso suelo á rendir culto á lo grande y á lo bello."

Y en efecto; si notables han sido los cuadros presentados por los alumnos de la Academia de Bellas Artes en las dos últimas exposiciones verificadas en el local del Museo de Sevilla, obras de las cuales ya se han ocupado favorablemente personas entendidas, no menos dignas de aprecio han sido las obras literarias dadas á la prensa ó representadas en el teatro durante el bienio que dejo mencionado.

Pero este movimiento en el ramo de las letras, si bien acrecentado por la circunstancia antes expresada, data de época anterior, como lo prueban las obras tanto científicas como literarias, que de catorce años á esta fecha y en gran parte debidas al feliz estímulo producido por la publicacion de la escelente *Revista de ciencias, literatura y artes,* que fundaron en esta ciudad en 1855 los reputados escritores D. Manuel Cañete y

D. José Fernandez Espino, han visto la luz en la metrópoli andaluza. (1).

Las lindísimas cuanto inimitables novelas de costumbres populares del eminente escritor Fernan Caballero, traducidas ya á todas las lenguas del norte y mediodia de Europa; las obras de literatura y de crítica del sábio catedrático de esta Universidad literaria el ya citado Sr. Fernandez Espino, notables por la profundidad y buen criterio que en ellas resplandecen; los notables estudios históricos que sobre sucesos acaecidos en Sevilla ha publicado el novelista y autor dramático D. José Velazquez y Sanchez; la coleccion de correctas y elevadas poesías escritas por el teniente coronel de Artillería D. Fernando de Gabriel y la elegante traduccion de la *Soledad,* de Zimerman, hecha y dada á luz por el mismo; las *Fábulas ascéticas* del Pro. D. Cayetano Fernandez, elogiadas con justicia por toda la prensa; la celebrada novela histórica el *Adalid Almogávar*, y la no menos bella de costumbres titulada *Lucha de pasiones,* originales ambas del conocido publicista D. Joaquin Emilio Guichot; la notable obra de filosofía "*Resúmen de las principales cuestiones de Metafísica analítica*" del profesor de esta Universidad D. Federico de Castro; el variado tomo de poesías escogidas, publicadas por la Tertulia literaria del distinguido poeta D. Juan José Bueno; el magnífico poema épico titulado *Roger de Flor* y un tomo de poesías líricas, debidos al vate militar D. Juan Justiniano; los dos volúmenes tambien de poesías líricas, que bien pueden calificarse de joyas literarias, de D. Narciso Campillo; las sèveras traducciones de *El Gobierno monárquico* y de *El Tratado de Teologia* de Santo Tomás de Aquino, llevadas á cabo y publicadas por el Decano, que fué de la facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad literaria D. Leon Carbonero; la *Guirnalda de la inocencia*, precioso devocionario para los niños; el *Tratado de matrimonio* y otras muchas obras de dicho autor, que seria ocioso enumerar; los curiosísimos apuntes sobre la vida y obras de Francisco Pacheco y los no menos curiosos y eruditos sobre el hallazgo de un retrato de Cervantes, originales ambos del distinguido jurisconsulto y bibliófilo D. José María Asencio; las coronas poéticas que,

---

(1) Juzgo oportuno mencionar aqui que á Sevilla le ha cabido tambien la honra de que de sus prensas hayan salido en el citado periodo tres notables volúmenes, que son: EL DEVOCIONARIO de la eminente literata Sra. Gomez de Avellaneda, la COLECCION DE POESÍAS del ilustrado actor D. Julian Romea y el libro LETRAS Y ARMAS ó sea apuntes sobre los escritores militares de España, debido á la pluma del reputado literato y razonado crítico D. Luis Vidart. Nada digo de estas obras por ser bien conocidas y apreciadas del público, así como sus autores lo son en el palenque literario.

siguiendo el ejemplo dado con la consagrada en 1848 á llorar la muerte del gran Lista, se dedicaron en 1856, 59, 62 y 64 á la restauracion de la Rábida, á la de Valme, á la inauguracion de la estátua de Murillo, y á D.ª Isabel segunda en su viage á Sevilla; la *Crónica régia* de D. Francisco M.ª Tubino, escrita con igual motivo; *Gibraltar ante la Historia, la Diplomacia y la Política*, y otros escritos notables de Filosofía y de Historia del mismo autor; y en época mas reciente las aplaudidas obras lírico-dramáticas del citado Sr. Velazquez y Sanchez; las lindisimas piezas en un acto de D. Cárlos Jimenez Placer; las excelentes comedias de costumbres que llevan por título la *La pendiente suave*, y *Siguiendo la corriente*, de D. Cayetano de Ester; y diversas obras de otros autores que no cito por no molestar más al lector, demuestran de un modo patente que en Sevilla existe más movimiento científico y literario que en ninguna otra provincia de España, y que ahora como siempre la Escuela sevillana sigue su tradicion gloriosa, sin que vengan á empañarla las sombras del antiguo ni del moderno culteranismo. (2)

Pero si exuberante y animado se alza en la actualidad el espíritu literario en la metrópoli andaluza, no menos risueño y lleno de vida se presenta para lo futuro.

Escritores tan aventajados como los señores Utrera, Sanchez de Moguel, Cano y Cueto, Montoto y otros que siento no recordar; tan inspirados y correctos, entre los poetas, como la señorita de Velilla, los ilustrados catedráticos D. Luis Herrera y D. Pascual Vincent, y D. Rafael Álvarez Surga; tan fecundos y originales en sus concepciones como D.

---

(2) Aunque me habia propuesto no hacer mencion de todos cuantos escriben hoy en Sevilla, porque seria interminable tarea, y sí solo de los que han publicado obras, me parece injusto no consignar aquí otros nombres de autores dignos de loa, algunos de los cuales son desde largo tiempo aplaudidos y respetados por los amantes de las letras. Citaré pues á D. Luis Segundo Huidobro, estudioso jurisconsulto, catedrático de Historia de esta Universidad y erudito poeta, arrebatado por la muerte cuando aun no habia acabado de trasponer los límites de su primera juventud. La Academia Sevillana de Buenas Letras, con beneplácito de la familia del finado, colecciona actualmente y dará pronto á la estampa todos sus escritos.

Reunen así mismo sus obras para publicarlas muy en breve el digno sacerdote é ilustrado catedrático de literatura Sr. Rodriguez Zapata, el ya citado Sr. Bueno, y D. Demetrio de los Rios, distinguido profesor de la Academia de Bellas Artes.

Incluiré, para terminar, en el número de los que con sus escritos han contribuido al realce de las letras Sevillanas en estos últimos tiempos, al entusiasta y renombrado cervantista D. Nicolas Diaz de Benjumea, residente hoy en Madrid, donde es Director del periódico EL MUSEO UNIVERSAL; al apreciable literato y doctor en ciencias médicas, D. Ramon de la Sota y Lastra; y al distinguido escritor cordobés D. Rafael de Vida y Quesada, entusiasta admirador de las antigüedades de Sevilla, sobre las que ha publicado bellos artículos, que unidos á los que conserva inéditos y á otros que se propone escribir, formarán un libro de sumo interés para los aficionados á estos estudios.

José Velilla y Rodriguez y D. Antonio Lopez Muñoz, autor de la presente leyenda, se encuentran difícilmente, y la bondad de sus obras adquiere doble valor, si se tiene presente que todos ellos son muy jóvenes, pudiendo considerárseles cual una gratísima esperanza para el porvenir literario de Sevilla.

Como Mecenas de esta nueva pléyade, aparece el jóven poeta y doctor en Jurisprudencia D. Gonzalo Segovia y Ardizone, sugeto apreciable por su talento y bellas cualidades, amante cual ninguno de la bella Literatura, y siempre propicio á contribuir al fomento de las letras. En casa del Sr. de Segovia fué donde por vez primera tuve la satisfaccion de estrechar la mano del inspirado poeta Lopez Muñoz; allí asistí á la lectura de muchas de sus obras, entre ellas á la de esta de que tengo el honor de ser el prologuista; y lo dicho bastará para hacer comprender al lector, que desde entonces profeso á Lopez Muñoz la justa admiracion que por su talento se merece, y la mas afectuosa amistad.

La composicion de que voy á ocuparme es una leyenda, género cultivado con tanto acierto por los eminentes poetas Zorrilla, Espronceda y Duque de Rivas, y que puede considerarse como una modificacion del antiguo poema. El primero de estos autores escogió siempre para sus leyendas asuntos caballerescos; el segundo, entusiasta y feliz imitador de Byron, trazó en D. Félix de Montemar los principales rasgos que caracterizan al D. Juan y al Childe-Harold del sublime cuanto escéptico autor inglés; el tercero, menos en el *Moro Expósito*, obra admirable, pero que tiene mas bien el sabor de nuestro antiguo romance que el de la moderna leyenda, buscó tambien para las suyas asuntos caballerescos: ninguno de los tres, creó la verdadera leyenda oriental; y de los que posteriormente han cultivado este género de literatura, solo el eminente novelista y excelente poeta Fernandez y Gonzalez nos dió una muestra de ella en su preciosa obra titulada *Maravillas del Amor*; y esto en un pais donde no habrá pueblo por insignificante que sea, que no guarde algun recuerdo de los que por siete siglos fueron nuestros dominadores. Cábele por tanto al Sr. Lopez Muñoz la gloria de haber sido uno de los primeros que han tratado un asunto oriental en forma de leyenda; y no creo que el lector, despues de conocer esta obra, me tache de exagerado ó de parcial, al calificarla de una de las más bellas é interesantes que se han escrito en castellano.

Su pensamiento es completamente original, si bien hábilmente enlazado con uno de los más gloriosos hechos de ar-

mas que registra nuestra historia; su argumento es sencillo, como conviene á esta clase de composiciones, y se hallan tan perfectamente enlazados los siete cuadros que forman su conjunto, que el interés no decae ni un solo momento. Su estilo y su forma son generalmente correctos, y basta abrir esta obrita por cualquiera de sus páginas, para que á primera vista resalten las muchas bellezas que contiene. Permítame el lector que traslade en este lugar algunos versos de varios de sus capítulos para probar mi aserto.

En el primero, titulado la *Cita*, se hallan estos, que por su dulzura y correccion nada dejan que desear.

"*Luce la cándida luna*
Y el áura besa las flores,
Murmurando de una en una
Tiernas cántigas de amores.
Ni la luna, ni la flor,
Ni el áura que vuela ufana,
Son más puras que el amor
Del moro y de la cristiana."

Más adelante, en el mismo cuadro, despues de describir el autor la pasion encendida en el pecho de Aliatar por la vista de María, se encuentra este diálogo bellísimo:

"*La niña, ansiosa, del moro*
Estrechó la ruda mano,
Y le dijo:—Yo te adoro,
Aliatar; mas sé cristiano.
—Pide, mi bien, ricas perlas
Que adornen tu blanca frente;
Yo cruzaré por cogerlas
Los anchos mares de Oriente.
Dime que busque un diamante
Por las arenas cubierto,
Y yo moveré arrogante
Las arenas del desierto.
Mas nunca seré cristiano;
Que dentro del corazon
Alá grabó con su mano
Tu nombre y mi religion.
Por tí palpita y por ella
Con ardiente frenesí,

Y adoro, cristiana bella,
Lo mismo en mi Dios que en tí.
Deja que adore en mi Dios
Y deme tu amor la palma;
Que elegir entre los dos
¡Ay! fuera arrancarme el alma."
Cristiana, cristiana mia,
Repíteme, "yo te adoro,"
Que por oirlo daría
Mi mas preciado tesoro."

¿Cabe más pasion, más ternura en un diálogo amoroso, ni más naturalidad y correccion en la frase?

Pues no menos bello es este trozo que el autor pone en boca de Albchacen, y en el que tanto resalta el estilo oriental.

="Bella cristiana, luz de mi vida,
Duélete amante de un alma herida;
Yo de Granada soy el Sultan:
Oye mi ruego, niña querida,
Flor del desierto, perla oriental.
Grande es mi anhelo, grande mi pena,
Mi amor, ardiente, como la arena
Que agita el viento devorador:
Sé mi Sultana, blanca azucena,
Tú, que eres reina del corazon.
Tengo un palacio, tengo jardines,
Todo lo bello que tú imagines
Lo encierra, niña, mi bello Edem,
Tengo á mi mando cien paladines;
Mas ¡ay! desierto yace mi Harém.
Vente á Granada; que es tu hermosura
Como la perla, brillante y pura,
Mas escondida no dá fulgor;
Deja esta concha triste y oscura,
Serás envidia del limpio sol.
Bella cristiana, luz de mi vida,
Duélete amante de un alma herida,
Yo de Granada soy el Sultan:
Oye mi ruego, niña querida,
Flor del desierto, perla oriental.

En la poesía descriptiva hace gala el Sr. Lopez Muñoz de

concision y ligereza tales, al par que de tanta verdad en la exposicion de los sucesos, que el lector se cree trasportado al lugar en que estos se verificaron, y figúrasele á veces estar viendo á los personajes que ejecutan la accion descrita. Como muestra de ello copiaré aquí algunos trozos de los capítulos tercero y cuarto, en mi humilde opinion inmejorables.

"Sobre un alazan fogoso
Que alegremente piafa,
El bravo Aliatar camina
Hácia los campos de Alhama,
Seguido de sus guerreros
Armados de todas armas,
A trabar fuerte combate
Contra la gente cristiana.
No va yá, como otras veces
Lleno de altiva arrogancia,
Que está triste, que está herido
En lo más hondo del alma.
Y así como en la floresta
Cuando la tormenta estalla,
Se ven temblar en los árboles
Lucientes gotas de agua,
Así la tormenta ruda
Que allá en su pecho rebrama,
Hace asomar á sus ojos
Del dolor ardientes lágrimas,
Que á la luz del sol se miran
Temblando en su negra barba.

. . . .
. . . .
. . . .

"El moribundo ardor de la pelea
Vuelve á encender con ímpetu certero:
En una mano el estandarte ondea,
En la otra brilla el refulgente acero.
Flamígea su mirada centellea
Latiendo airado el corazon guerrero,
Y obligando al corcel con su acicate
Se lanza como un rayo en el combate.

Es Aliatar; sediento de venganza,
En sangre tiñe la irritada mano,

Y trás la muerte intrépido se lanza
Llevado de un aliento sobrehumano.
Crece su furia y en el campo avanza;
Corta una vida á cada golpe insano;
Que no pueden parar su alfange rudo
Ni fuerte cota, ni luciente escudo."

¡Cuánta verdad y ligereza resaltan en los anteriores versos! Tanto en el romance que dejo señalado, como en las precedentes octavas, el interés de la accion no puede ser mayor, ni la manera de espresarlo más perfecta.

He aquí otros del cuadro quinto, describiendo la ansiedad de la jóven y bella cristiana, que por su ternura forman contraste con los anteriores.

"Mas el dolor no le niega
Que asome el llanto á sus ojos,
Y su llanto la sosiega.
¡Feliz ella porque riega
Con lágrimas sus abrojos!

Si, llora, flor del pensil
Por el rudo cierzo herida;
Llora tu dolor febril;
Sin llanto, niña gentil,
Se marchitara tu vida.

Llora, virgen celestial,
Sentada al pié de la fuente;
Llora, que es grande tu mal;
Llora y agita el cristal
De la límpida corriente.

Porque si el agua serena
Copiara tu paz sencilla,
Verias con harta pena
Convertida en azuzena
La rosa de tu megilla.

¿Puede darse pensamiento más nuevo y delicado que el que encierran las dos últimas quintillas?

Pero no es solo en el género erótico y en el descriptivo donde brilla el talento poético de Lopez Muñoz, por más que sea en ellos en los que más sobresalga. Véase el siguiente fragmento de un interesante diálogo entre el rey Albohacem y María, en el que la energía de la frase revela al poeta de pensamientos elevados y de épica entonacion:

"*Óyeme bien, esquiva nazarena;*
Óyeme bien y tiembla á la voz mia;
Quiero vengar mi humillacion, mi pena,
Gozándome en en tu bárbara agonía.
Quiero agostar de tu ilusion ardiente
Las nacaradas flores;
Grabar negro baldon sobre tu frente,
Borrar de tu megilla los colores:
El objeto feliz de tus amores
Entre cadenas prisionero gime
Apurando la hiel de los dolores,
Que solo así mi humillacion redime:
No quiero mi placer; quiero tu afrenta:
. . . .
. . . .
. . . .
Dile á tu Dios que rompa aquellos lazos
Que oprimen al amante,
Y dile que te arranque de mis brazos,
Si es su poder á mi poder bastante."

Bastan los versos que llevo citados para juzgar á un autor: de D. Antonio Lopez Muñoz puede decirse hoy que es buen poeta; mañana, así lo espero, será por su renombre una gloria para nuestra patria, y en especial para Sevilla, á cuya escuela literaria pertenece.

Tal vez algun moderno Aristarco se ocupará en analizar con el severo escalpelo de una crítica intransigente, la obra que hoy dá á la luz pública el Sr. Lopez Muñoz: quizá á fuerza de leer y releer este trabajo literario, halle en él alguna repeticion de aquellas que no son voluntarias, y acaso ligeras reminiscencias de otros poetas; pero para prevenir los aventurados juicios de estos críticos, que solo se ocupan en buscar defectos á los escritos agenos sin reparar en los que ellos cometen, les haré presente que el autor de este libro aun no cuenta veinte años, edad en que el vate se abandona por completo á su inspiracion, sin cuidarse de las reglas poéticas: estas vienen mas tarde á enfrenar esa misma exuberancia de inspiracion, tan perjudicial á veces para aquellos que creen de buena fé, que basta solo sentir esa chispa divina para ser un consumado poeta.

No quiero detenerme más en el exámen de esta obra, pues harto he abusado ya de la benevolencia del lector ilustrado, al cual le bastan su buena inteligencia y su corazon de artista,

para saber apreciar en lo que valen las bellezas todas que en este pequeño volúmen se encierran. Mas no concluiré estos desaliñados renglones, sin dejar consignado, en vindicacion de la Escuela Sevillana, tan maltratada hoy dia por algunos eruditos, que la acusan de poco profunda en sus conceptos y de rendir un exagerado culto á la forma y á la tradicion, que ella, alentada tan solo por ese mismo amor á la tradicion y á las formas, fué la única que supo resistir los delirios de Góngora y sus continuadores, proporcionando excelentes modelos á los eminentes literatos que, á fines del pasado siglo y principios del actual, sacaron por un esfuerzo supremo de genio, á la poesía y á la literatura en general del lamentable estado á que la habian conducido los partidarios del culteranismo: ella la que, abroquelándose hoy en el amor á lo pasado, pero aceptando todo lo bueno que del oscuro presente debe aceptarse, resiste con su reconocida é invariable energía esas desdichadas imitaciones de literaturas extrangeras que solo conducen, en mi humilde opinion, á desvirtuar la originalidad y la grandeza de nuestra literatura nacional: ella por tanto, la que fiel guardadora de la pureza en las formas é inspirándose en el amor de Dios y en el de la patria, puede, con mas derecho que otras, lanzar al rostro de sus detractores esta sublime sentencia de madama Stäel: "La verdadera fuerza de una nacion es su carácter peculiar, y la imitacion extrangera en todas materias es una falta de patriotismo."

Sevilla 15 de Mayo de 1869.

José Lamarque de Novoa.

I.

LA CITA.

Dueña de la negra toca,
La del morado mongil,
Por un beso de tu boca
Diera á Granada Boabdil.

(Zorrilla.)

En un ameno pensil
Que primavera engalana,
Están un moro gentil
Y una doncella cristiana.

—

Brilla célica en sus ojos
De amor la llama luciente,
Y se miran sin enojos
Ella dulce y él ardiente.

—

Que ardiente es él, como en Mayo
La luz que el orbe colora;
Y ella dulce, como el rayo
Que vierte la casta aurora.

Está gozoso Aliatar
Y sonriente María;
Así los ha de encontrar
El fulgor del nuevo dia.

——

Luce la cándida luna
Y el aura besa las flores,
Murmurando de una en una
Tiernas cántigas de amores..

——

Ni la luna, ni la flor,
Ni el aura, que vuela ufana,
Son mas puras que el amor
Del moro y de la cristiana.

——

En recuerdos é ilusiones
Va la esperanza querida
Prestando á sus corazones
Nuevo encanto, nueva vida.

——

Hace un año que Aliatar
Entró en Alhama triunfante,
Y vió á una niña llorar
De hermosísimo semblante.

Y á impulsos de amor violento
Sintió conmovida el alma,
Como al embate del viento
Se cimbra la fuerte palma.

——

Supo que en tiempo de guerra
Un viejo moro la halló
Huérfana y sola en la tierra,
Y que noble la amparó.

——

La niña vivió cristiana
A la sombra de aquel moro,
Cual vive rosa galana
Bajo un arbusto inodoro.

——

Una tarde el capitan
Al pie de un sáuce florido
Palabras de dulce afan
Dejó en el viento adormido.

——

Y de entonces ni una vez
Contemplar pudo á María,
Sino en calado agimez
Tras espesa celosía:

Como la blanca paloma
Que á los arrullos amados
La cándida faz asoma
Entre los hierros dorados.

—

Hoy no; que el ave ya deja
La cárcel por sus amores,
Y exhala su blanda queja
En el campo entre las flores.

—

Ya está cumplido su anhelo;
Ya nadie los importuna;
Que solo los mira el cielo
Al resplandor de la luna.

—

Por eso brilla en sus ojos
De amor la llama luciente
Y se miran sin enojos
Ella dulce y él ardiente.

—

Que ardiente es él, como en Mayo
La luz que el orbe colora,
Y ella dulce, como el rayo
Que vierte la casta aurora.

—Cristiana, cristiana mia;
Repíteme "yo te adoro,"
Que por oirlo daria
Mi mas preciado tesoro.

——

Por tí diera cien jardines
Con fuentes y surtidores,
Con violetas y jazmines
Y pajarillos cantores.

——

Mi banda de capitan
Y mi alfange por tí diera;
Y el turbante de sultan,
Cristiana, si lo tuviera.

——

Oyó la doncella amante
Su acento con emocion;
Mas ¡ay! recuerdo punzante
Vino á herir su corazon.

——

Ella, leve mariposa
Que apenas tiende las alas,
Sencilla y naciente rosa
De preciosísimas galas:

Lució apenas el color
Su cáliz de esencia lleno,
Cuando el rocío de amor
Bajó á su cándido seno.

—

Mas ¡ay! que el fresco rocío
No fué de la blanca aurora;
Sino del manto sombrío
De la noche aterradora.

—

Por eso, aunque alegre ciña
De amor la corona ardiente,
Está sufriendo la niña
Por un recuerdo inclemente.

—

La santa cruz por hollar
El moro firme pelea.
¡Ay! No es cristiano Aliatar
Y ella quiere que lo sea.

—

Quiere que en el corazon
De la fé sienta la luz;
Que abrace su religion,
La religion de la cruz.

Quiere que el dulce rocío
Venga de la blanca aurora,
Y no desde el manto frio
De la noche aterradora.

——

La niña, ansiosa, del moro
Estrechó la ruda mano,
Y le dijo "yo te adoro",
Aliatar, mas sé cristiano.

——

—Pide, mi bien, ricas perlas
Que adornen tu blanca frente;
Yo cruzaré por cogerlas
Los anchos mares de oriente.

——

Dime que busque un diamante
Por las arenas cubierto,
Y yo moveré arrogante
Las arenas del desierto.

——

Mas nunca seré cristiano;
Que dentro del corazon,
Alá gravó con su mano
Tu nombre y mi religion.

Por tí palpita y por ella
Con vehemente frenesí,
Y adoro, cristiana bella,
Lo mismo en mi Dios que en tí.

—

Deja que adore en mi Dios
Y deme tu amor la palma;
Que elegir entre los dos
¡Ay! fuera arrancarme el alma.

—

Cristiana, cristiana mia,
Repíteme "yo te adoro,"
Que por oirlo daria
Mi mas preciado tesoro.

—

"Te adoro," dijo la brisa
Matinal con embeleso,
Y el ámbar de una sonrisa
Se unió al murmullo de un beso.

—

Despues de allí se alejaba
Con harto pesar el moro,
Y la cristiana esclamaba
"Yo te adoro, yo te adoro".

II.

CELOS.

—

Muere la tarde: María,
Tan misteriosa, tan bella
Como la cándida estrella
Que brilla al amanecer,
Hállase al pié de la fuente
Que se oculta en la enramada,
Aguardando enamorada
Al encanto de su ser.

——

Extasiada en sus recuerdos,
Juzga mirar en las flores
La esencia de sus amores
Y en el cielo su ilusion:
Y en el acento callado
Que lleva el viento perdido,
Tambien le finge el oido
Tiernas palabras de amor.

Casta vírgen, alba pura,
Que vertió la luz primera
Sin que nada oscureciera
Su divino rosicler,
En el azul de sus ojos
Retrata su fantasía
Todo un mundo de poesía,
Todo un cielo de placer.

—

Ella suspira, anhelando
Ver al alma de su alma,
Sonríe con dulce calma
Pensando que volverá;
Y en suspiros y sonrisas
Pasa el tiempo lentamente;
Por eso la niña siente
Inquieto y plácido afan.

—

Ya el placer la aduerme, vago,
Como el viento de la tarde;
Ya en vivos destellos arde
Su agitado corazon;
Y está tan embebecida,
Que no advierte una mirada
Sobre la suya clavada
Lanzando estraño fulgor.

Mas fija la mente inquieta
Y ven sus lánguidos ojos
Ante ella un hombre de hinojos
Y no es su amante, no es él:
Y exhala medrosa un grito,
Tiembla su pecho inocente,
Como el cristal de la fuente
Que susurra en el vergel.

——

—Bella cristiana, luz de mi vida,
Duélete amante de un alma herida:
Yo de Granada soy el sultan.
Oye mi ruego, niña querida,
Flor del desierto, perla oriental.

——

Grande es mi anhelo, grande mi pena,
Mi amor ardiente, como la arena
Que agita el símun abrasador;
Sé mi sultana, blanca azucena,
Tú que eres reina del corazon.

——

Tengo palacios, tengo jardines,
Todo lo bello que tú imagines
Lo encierra, niña, mi hermoso eden,
Tengo á mi mando cien paladines;
Mas ¡ay! desierto yace mi harem.

Vente á Granada; que es tu hermosura,
Como la perla, brillante y pura;
Mas escondida, no dá fulgor;
Deja esta concha triste y oscura,
Serás envidia del limpio sol.

——

Bella cristiana, luz de mi vida,
Duélete amante de un alma herida:
Yo de Granada soy el sultan.
Oye mi ruego, niña querida,
Flor del desierto, perla oriental.

——

Esto diciendo el rey moro,
Presa de vértigo insano,
Oprime la blanca mano
De la niña angelical;
Y acercándola á su boca
De su afan en el esceso,
Mancha con impuro beso
Su belleza virginal.

——

Levántase la cristiana,
Que tal audacia le humilla;
Y su cándida megilla

Tíñese en rojo color;
Y cual la herida gacela
Que va cruzando el desierto,
Rauda vuela en giro incierto,
Que está herida en su pudor.

——

¿A donde va? No lo sabe.
¡Ay! Le quema el beso aleve;
Por eso la blanca nieve
De su rostro se encendió;
Por eso corre afanosa,
Como la luna hechicera
Que va por la azul esfera
Temiendo la luz del sol.

——

Allá va, como los aires
Que dejan la zona ardiente,
Buscando en suelo riente
La frescura del vergel.
Allá va, como paloma
Que deja su casto nido,
Porque el milano atrevido
Volando está cerca de él.

——

Undula el blanco ropage,
Destacándose en la cinta

Que allá en el cielo se pinta
De purpurino arrebol:
Parece la forma bella
De misterioso querube,
Que finge en flotante nube
La luz muriente del sol.

——

El rey Albohacem la mira
Y va á lanzarze trás ella;
Y el pudor de la doncella
Lo detiene á su pesar.
Allí se encuentra clavado
Por una fuerza potente,
Y ya es en vano que intente
Mirar cumplido su afan.

——

Entre los árboles via
La imágen de la cristiana,
Y ya, como sombra vana,
Fugaz desapareció:
Perdióse entre la espesura;
Y el rey, en ira deshecho,
Con fuerza oprimióse el pecho
Y como el tigre rugió.

——

Se alejó de aquellos sitios

Meditando atroz venganza;
Despues, lleno de esperanza,
Llegó afanoso Aliatar;
Y vió retirarse un moro,
Caminando con recelos,
Y un relámpago de celos
Sintió en su mente cruzar.

—

Esperó á su amada ansíoso
Y su amada no venia;
Y llegó la luz del dia
Y su amada no llegó;
Y herido del desengaño
Salió de aquellos lugares,
Llena el alma de pesares,
De venganza el corazon.

—

. . . .

Poco despues presuroso
Llevaba el plácido viento
Un melancólico acento
De dulcísimo cantar;
Era la amante doncella
Que por calmar sus dolores,
Cantaba tiernos amores
Al recuerdo de Aliatar.

III.

EL DOLOR.

Sobre un alazan fogoso
Que alegremente piafa,
El bravo Aliatar camina
Hácia los campos de Alhama,
Seguido de mil guerreros
Armados de todas armas,
A trabar fuerte combate
Contra la gente cristiana.

—

No va yá, como otras veces,
Lleno de altiva arrogancia,
Que está triste, que está herido
En lo mas hondo del àlma;
Y así como en la floresta,
Cuando la tormenta estalla,
Se ven temblar en los árboles
Lucientes gotas de agua,

Así la tormenta ruda,
Que allá en su pecho rebrama,
Hace asomar á sus ojos
De dolor ardientes lágrimas,
Que á la luz del sol se miran
Temblando en su negra barba.

——

¡Pobre Aliatar! al combate
Para dar su vida marcha;
Mas ¿qué le importa la vida
Si ya la vida le falta?
¿Cómo una flor existiera
Sin el rocio del alba?
¿Cómo cruzara los aires
Con vuelo rápido el águila,
Si le faltara el espacio
Donde se agitan sus alas?

——

¡Pobre Aliatar! ya no lleva,
Como siempre, á la batalla
El aliento que le ofrecen
Los recuerdos de su amada;
Por eso no marcha ahora
Lleno de altiva arrogancia,
Que está triste, que está herido
En lo mas hondo del alma.

En su profunda amargura
Abstraido, no repara
Que entre los hieros dorados
De una arabesca ventana
Hay tambien dos negros ojos
Que están derramando lágrimas:
Dos seres son los que sufren,
Dos las muertas esperanzas;
Las dos almas sin embargo
Guardaron la fé jurada.

——

Ha un momento salió el moro
Del vergel con fiera saña;
Y cuando, herido de muerte,
De aquel sitio se alejaba,
Resonó con dulces ecos
Una música lejana,
Tierno recuerdo de amores
De la niña enamorada:
Hoy marcha el bravo guerrero
Hácia los campos de Alhama;
Marcha sin darle un "adios"
A la doncella cristiana;
Y la niña, que comprende
Lo inmenso de su desgracia,
Tambien llora, tambien llora
La muerte de su esperanza.

La tormenta de los celos
Del moro en el pecho estalla;
María en su pecho siente
Del dolor la noche larga.

——

. . . .

Ya va lejos el guerrero
Y á escape el caballo lanza.
¡Con qué tristeza María
Lo sigue con su mirada!
Ya desparece; sus ojos
A distinguirlo no alcanzan.
¡Qué triste queda la niña!
¡Qué triste y desconsolada!

IV.

EL COMBATE.

En una inmensa, plácida llanura
Que cerca está de la oriental Granada,
Tesoro de riquezas y hermosura
Y en los cantos del vate celebrada,
Chocaron con indómita bravura
El corvo alfange y la luciente espada,
Como si allá por la anchurosa esfera
Un sol con otro sol se confundiera.

—

Presenciaban los aúreos resplandores
El rudo embate de la lid reñida;
Se enrojecieron las galanas flores
Y retembló la tierra estremecida;
El musulman, cediendo en sus furores,
Ya se aprestaba á vergonzosa huida,
Cuando un guerrero del morisco bando
Salió "venganza" por do quier clamando.

El moribundo ardor de la pelea
Vuelve á encender con ímpetu certero;
En una mano el estandarte ondea,
En la otra brilla el refulgente acero;
Flamígea su mirada centellea,
Latiendo airado el corazon guerrero;
Y obligando al corcel con su acicate,
Se lanza como un rayo en el combate.

—

Es Aliatar: sediento de venganza,
En sangre tiñe la irritada mano
Y tras la muerte intrépido se lanza
Llevado de un aliento sobrehumano;
Crece su furia y en el campo avanza,
Corta una vida á cada golpe insano,
Que no pueden parar su alfange rudo
Ni fuerte cota, ni luciente escudo.

—

Raudo revuelve su corcel pujante;
Y como el tigre en la abrasada arena
Pone en desórden caravana errante
De estraña agitacion y espanto llena,
Tal luchando Aliatar vivo, incesante,
Las enemigas huestes desordena;
Cubriendo audaz en su febril locura
De horrible mar de sangre la llanura.

. . . .

Por fin, deshecha la cristiana gente,
Suyo fué el campo, suya la victoria,
Y acalorada se embriagó su mente
Con divinas imágenes de gloria;
Mas al punto inclinó torvo la frente,
Al llegar en tropel á su memoria
¡Ay! los recuerdos del placer querido
Que huyó, dejando el corazon herido.

——

Recordaba una imágen, hechicera
Como el hada de cuentos orientales;
Tan esbelta y gentil cual la palmera
Que crece en los desiertos arenales;
Y tan dulce, tan pura y lisongera
Como los leves cantos matinales:
Vírgen de amor, que murmurando amores,
Del alma suya acarició las flores.

——

Mas la miraba, como ve el anciano
Los puros goces de su edad florida;
Como el que lucha con el mar insano,
Faltándole las fuerzas de la vida,
Ve la nave que cruza el occeano
Alejarse con rápida corrida;
Cual mira el desterrado alzar el vuelo
Las raudas aves hácia el patrio suelo.

Recordaba la imágen cautelosa
Que viera al pie de la escondida fuente
Donde solia con su amada hermosa
Soñar un cielo de ilusion ardiente;
Y la rabia de celos borrascosa
Tan ruda hirió su corazon doliente,
Que en terrible señal de sus agravios
Sonrisa amarga dibujó en los labios.

——

Tal riza el aura en su volar sereno
Las leves ondas de la mar tendida,
Mientras que brama en su hervoroso seno
La tempestad rugiente comprimida:
Tal reviste la flor el monte ameno
Mientras la tierra agítase encendida:
Encerraba Aliatar bajo su frente
La ruda llama del volcan hirviente.

——

Quizá su pensamiento vagaroso
Desechaba recuerdos doloridos,
Creyendo aquel fantasma misterioso
Una vana ilusion de sus sentidos;
Mas al tocar el bien su pecho ansioso,
Savia de amor llevando en sus latidos,
La ingrata realidad en cruda nieve
Trocaba el fuego de la dicha breve.

Y recordando la cruel mentira
De la cristiana, comprimió el guerrero
Con mano firme y encendido en ira
El rico puño del cortante acero;
Sus orbitas giraron, como gira
La vista del leon herido y fiero,
Y á Alhama con designio temeroso
Lanzó al escape su corcel fogoso.

V.

LA SORPRESA.

Cual amante ruiseñor
Canta en la verde pradera
Con acentos de dolor,
Sin el eco arrullador
De su dulce compañera:

—

Tal la niña angelical
Suspira al pie de la fuente;
De llanto vierte un raudal,
Que agita el manso cristal
De la límpida corriente.

—

Era llegado el momento
De la cita acostumbrada;
Y abandonó su aposento,
Cual ave que en pos del viento
Rompe su cárcel dorada.

Contempla triste una flor,
Símbolo ayer de ventura
Por su fragancia y color:
¡Ay! Ya está sin hermosura
Como el cielo de su amor.

——

De su vida en la alborada
Sintió la dicha serena;
Hoy en su amor desgraciada,
Solo le resta la nada
Y en ella un mundo de pena.

——

Ayer mostraba riendo
Su porvenir adorado;
Hoy su llanto está diciendo
Que va los ojos volviendo
La niña hácia lo pasado.

——

Que en amargo padecer
Ve cual la dicha fué vana;
Y se agitan en su ser
Las ilusiones de ayer,
La tristeza de mañana.

——

Y entre quebranto y amor,

Al fijarse en el presente,
Lo ve tan desgarrador,
Que es invencible el dolor
Que su triste pecho siente.

——

Mas el dolor no le niega
Que asome el llanto á sus ojos,
Y su llanto la sosiega.
¡Feliz ella porque riega
Con lágrimas sus abrojos!

——

Sí, llora, flor del pensil
Por el rudo cierzo herida;
Llora tu dolor febril:
Sin llanto, niña gentil,
Se marchitara tu vida.

——

Llora, vírgen celestial,
Sentada al pie de la fuente;
Llora, que es grande tu mal;
Llora y agita el cristal
De la límpida corriente.

——

Porque si el agua serena

Copiara tu faz sencilla,
Verías con harta pena
Convertida en azucena
La rosa de tu megilla.

——

Llora, virgen celestial,
Sentada al pie de la fuente;
Llora, que es grande tu mal;
Llora y agita el cristal
De la límpida corriente.

——

. . . .
Mas ¡ah! cual lejano acento
De una música divina
Que llega en alas del viento,
Tal llegó á su pensamiento
Una ilusion peregrina.

——

Porque á la luz vagarosa
Del crepúsculo espirante,
Vió una imágen silenciosa
Con apostura donosa
Luciendo airoso turbante.

——

Absorta, al verla avanzar

Firme el paso y decidido,
Pensó amante en su Aliatar;
Y entre alegría y pesar
Sintió en su pecho un latido.

——

El rostro de la doncella
Tornóse encendida grana:
No es tan vistosa y tan bella
La tinta que da la estrella
De la cándida mañana.

——

Y el aura le dijo "amor",
Al susurrar vagamente;
Y el perfume de la flor;
Y el eco murmurador
De la purísima fuente.

——

Mas, así como el sonido
De lejana melodía,
Vagamente percibido,
Si más se acerca al oido,
Pierde toda su armonía:

——

Así la jóven perdió
De su esperanza el eden

Y hondamente suspiró,
Cuando á su lado miró
Postrado el rey Albohacen.

—

Las pardas nubes, luciente
Rasgó de la luna el rayo,
Y vióse al pie de la fuente
Caer la niña inocente
Sumida en letal desmayo.

—

El rey contempló extasiado
Blanco el seno de la hermosa,
El labio tan delicado
Como el boton perfumado
De la balsámica rosa.

—

Y el silencio, la ocasion,
La soledad, la hermosura
De la florida mansion,
En su ardiente corazon
Encendieron llama impura.

—

Delirante al contemplar
A la vírgen adormida,
Llegó en su mente á formar

La decision atrevida
De arrancarla de su hogar.

—

Y gozoso y anhelante,
Tinta en sangre la mirada
Y el corazon palpitante,
Con estúpido semblante
Avanzó la planta osada.

—

Sintió rumor: miró atento.......
Nada temor infundía;
Era la queja del viento,
Que al mirar su infame intento,
Las hojas estremecía.

—

Hambriento de torpe amor
Y como roba la fiera
La ovejilla sin pastor,
Cogió el cuerpo seductor
Y se lanzó á la carrera.

—

Cruzó rápido el vergel
Fatigoso y jadeando,
Hasta llegar al cancel
Do esperaba su corcel

De impaciencia relinchando.

——

Allí en el césped mullido
Dejó su carga preciosa;
Y avaro y envanecido
De su triunfo apetecido,
Clavó su vista en la hermosa.

——

Le embriagaba el pensamiento
De su imprevista fortuna;
Mas por turbar su contento,
Movió las nubes el viento
Y ocultó la blanca luna.

——

Rugió de rabia al no ver
El codiciado tesoro;
Y temiéndolo perder,
Lo fué de nuevo á prender
Entre sus brazos el moro.

——

Movióse en temblor ligero
La castísima doncella;
Ya se acercaba el rey fiero,
Cuando una mano de acero
Lo lanzó distante de ella.

=¡Aliatar!=Sí, vil tirano;
Aquí estaba por su suerte;
Y juro á Alá, rey villano,
Que debo cortar mi mano
Porque no te dió la muerte.

——

Sal de aquí, sal al momento,
Que el corazon se me parte;
Sal, que emponzoña tu aliento
Y con fuerzas no me siento
Para verte y no matarte.

——

=Basta ya, porque ese brio
Ni me aterra ni me humilla;
Y tiembla á mi poderío;
Que al mas leve acento mio
Dobla el mundo la rodilla.

——

Mas valiera que tu acero
Manejaras con valor;
Que mas cumple á un caballero
Ser un valiente guerrero
Que un celoso trovador.

——

=Calla: mi mano sañuda

Ver quiero humeante y roja,
Porque me irrita esa duda;
Tu vil acero desnuda,
Que lo que tardas me enoja.

——

—Pues qué ¿quién soy no meditas?
Fuera en mí sobrada mengua
Esa lucha á que me incitas.
—Para que tal no repitas,
Voy á arrancarte la lengua.

——

—Tente, Aliatar; vé quien soy;
Piensa que me has ultrajado
Y aun la muerte no te doy;
Mírame bien; vé que estoy
Por tu suerte desarmado.

——

—¡Oh rabia!—¡Por vida mia!
Tiempo habrá; ya lucharemos;
En mi nobleza confia.
—¿Antes de que luzca el dia
Nos veremos?—Nos veremos.

——

Marchóse el rey; un gemido
De triste queja se oyó

Leve aun y comprimido;
Tras él un nombre querido
La doncella murmuró.

——

Cobró vida su semblante,
Cobró su memoria vida;
Fijó la mirada errante,
Y al ver á su dulce amante,
Cayó en sus brazos rendida.

——

Y en premio á su padecer,
Gozaron castos placeres
Sin los recuerdos de ayer;
Y formaron los dos seres
Tan solo un alma y un sér.

VI.

EL ASALTO.

Mas blanca que la nieve,
Mas perfumada que la dulce Flora,
Descansa la doncella seductora,
Gozando sueño leve:
Junto al seno de mágica blancura
Resalta la megilla sonrosada;
Y es tanta su frescura,
Que parece una rosa delicada
Brotando en medio de la nieve pura;
Parece viva perla desprendida
De concha nacarada
Entre blancas espumas escondida;
Parece nube por el sol teñida
Sobre un cielo que alumbra la alborada.

Vago es su sueño, como el eco vago
Del cefirillo amante;
Dulce es su sueño, como el dulce alhago

Que ofrece al alma la ilusion radiante;
Bello y tranquilo, como el terso lago
Apenas ondulante,
Que en su cristal retrata
Vívidos puntos de luciente plata;
Tal en el rostro de la vírgen bella
Retrátase con luz esplendorosa
De su cielo de amor la clara estrella;
Y ante la imágen de su sueño hermosa,
Con cándida sonrisa
Murmura levemente sus amores,
Cual vaga en el pensil la dulce brisa
Suspirando en el cáliz de las flores.

—

Junto al lecho hay un hombre; su mirada
Fulgura con la llama del deseo,
Clavándose en la vírgen delicada
Con la espresion de impuro devaneo;
Es Albohacen; su temblorosa mano
La mano blanca de la niña toca,
Y con aliento insano
Mancha atrevido la purpúrea boca.
Los labios de la niña, candorosos,
A la impresion lasciva
Temblaron pudorosos,
Como tiembla la vírgen sensitiva;
Y extasiada en el mágico embeleso
Que le brinda el ensueño de ventura,

Piensa sentir en el candente beso
Prueba de amor inestinguible y pura.

——

Y abre sus ojos; con mirada incierta
Ve de Albohacen el lúbrico semblante;
Tócase y duda de si está despierta;
Y al comprender la realidad odiosa,
Un ¡ay! desgarrador y suplicante
Dejó salir del alma temerosa.

——

—Oyeme bien, esquiva nazarena;
Oyeme bien y tiembla á la voz mia;
Quiero vengar mi humillacion, mi pena,
Gozándome en tu bárbara agonía;
Quiero agostar de tu ilusion ardiente
Las nacaradas flores,
Grabar negro baldon sobre tu frente,
Borrar de tu megilla los colores:
El objeto feliz de tus amores
Entre cadenas prisionero gime,
Apurando la hiel de los dolores;
Que solo así mi humillacion redime.
No quiero mi placer; quiero tu afrenta;
Angel divino, tus radiantes alas
Destrozará el fragor de la tormenta,
Y sin ellas vendrás desde tu cielo
De la impureza hasta el inmundo suelo.

Dile á tu Dios que rompa aquellos lazos
Que oprimen á tu amante;
Y dile que te arranque de mis brazos,
Si es su poder á mi poder bastante.

—

Esto diciendo; sorda gritería
Sonó de lejos y hurras vencedores
Y el trote de marcial caballería
Y el rumor de las armas y atambores.
Quedóse el rey un punto suspendido,
Lívido el rostro, inquieta la mirada,
Temiendo haber perdido
La perla de su cetro mas preciada;
La niña irguió la frente, recobrada
De la impresion desapacible y ruda,
Y con voz de los cielos inspirada
Turbó el silencio de la estancia muda:
—Ellos son, ellos son: tiembla, tirano.
Ya se acercan: cual rayos vengadores,
Arrancarán el cetro de tu mano,
Como tú me arrancaste mis amores.
Los envía mi Dios; huye, cobarde;
Busca un asilo de vergüenza y luto;
Y huye al momento; porque si huyes tarde,
Solo verás cadáveres y escombros,
Y de venganza al último tributo
Saltará la cabeza de tus hombros.

El rey, despavorido,
Corrió hácia el agimez, y el movimiento
De un ejército oyó que se avecina;
Y del incendio á la rojiza llama,
Leve flotando al vagaroso viento,
Miró la enseña de la cruz divina;
Y como ruge la feroz leona
Si le arrancan los hijos de su pecho,
Tal el moro rugió, viendo deshecho
El mas rico floron de su corona.
Hirviendo en ira, revolvió su planta
Y con eco de rabia comprimida
Salió la ronca voz de su garganta.
—No tardaré, cristiana aborrecida;
Voy á empuñar la lanza destructora;
De esos perros que gritan á mis puertas
Sedientos de matanza en la morisma,
Aplacaré la sed devoradora,
Haciéndoles beber su sangre misma.
¡Ay! de tí, si los rinde mi pujanza!
¡Ay! de Aliatar, si venzo en el combate!
Será cruda y terrible mi venganza.

—

Y al avanzar á la cerrada puerta,
Oyó el rey un rumor sordo y cercano
Y un momento despues miróla abierta;
Y sintió vacilar su planta incierta
Al rudo golpe de potente mano.

Un grito de ansiedad sonó en la estancia
Y de terrible cólera un rugido,
Y el rápido sonido
Del corvo alfange fiero,
Saltando del acero
Donde se hallára preso y oprimido.

—

Tendido en tierra y el hinchado cuello
Por el desnudo alfange amenazado,
Flamígea la mirada y el cabello
Con aspecto feroz desordenado,
—Hiere, dice Albohacen, hiere cobarde;
Tal es la rabia que en mis venas arde,
Que si llega á saltar mi sangre hirviente,
Te dejará sin vida,
Rauda abrasando tu traidora frente.

—

—No hieras, Aliatar; yo te lo ruego
En nombre del amor que nos alienta;
Si el Dios que adoras ciego
Te inspira la venganza,
El mio es de perdon y de esperanza.

—

—Alza del suelo, rey; yo te perdono;
Corre á vencer á la enemiga gente

Que ya amenaza derribar tu trono;
Y cuando vuelvas del combate rudo
Del triunfo audaz con el laurel ceñido,
Digno serás de que mi limpio acero
Se cruce con tu acero envilecido.

—

Cerca oyóse el clarin, nuncio de guerra;
Y al resonar su temeroso acento,
Alzóse el rey y desnudó el alfange;
Y cual hoja fugaz que arrastra el viento,
Horrible al desatar su furia impía,
Salió del aposento,
Llevado en alas del rencor violento
Que en su terrible corazon ardía.

—

Dirigióse Aliatar á la doncella,
Cayó á sus pies y se arrancó el turbante;
Y estrechando amoroso
De su amada feliz la blanca mano,
Con delirio esclamó "Yo soy cristiano".
¡Ah! Sintiendo las perlas de su llanto,
De consuelo y amor dulce rocío,
Resbalar en la flor de su megilla,
Así, temblando de emocion su amada,
Contestóle con voz enamorada.
—Encanto de mi sér, santa y bendita
Para siempre será nuestra ventura;

De hoy mas se estrechan nuestros puros lazos.
Ven: en mi pecho, que de amor se agita,
La cruz del Redentor te abre sus brazos.

. . . .

——

Poco despues entre la niebla oscura
De vergüenza y dolor lloraba el moro,
Mientras, nuncio de gloria codiciada,
Vibró en los aires el clarin sonoro.
Alhama sucumbió; tras lid sangrienta
Que el sol miró al nacer y al sepultarse,
Los cristianos gozaron la victoria;
Y de Zahara (1) al vengar la dura afrenta,
Gozosa España alienta
Viendo el albor de su futura gloria.

---

(1) Zahara: pueblo que poco tiempo atrás habian conquistado los moros, haciendo gran matanza en los cristianos; año 1481.

VII.

FELICIDAD.

Sobre un alazan fogoso
Que alegremente piafa,
El bravo Aliatar camina
Hácia los campos de Alhama.

—

No va yá, como al combate,
Falto de amiga esperanza,
Con lágrimas en los ojos
Y con la frente inclinada:
Va orgulloso, porque va
Junto á su bella cristiana,
Y dulce júbilo siente
En lo mas hondo del alma.

—

Cuando vivia, gimiendo
Entre cadenas pesadas,

Donde triste le condujo
De Albohacen la impura rabia,
Lleno su pecho doliente
De horrible desconfianza,
Temió menos por su vida
Que por su vírgen amada;
Y en el Dios de los cristianos
Vió su postrera esperanza.

—

"Si es cierto, dijo, el poder
Que los cristianos acatan,
Si verdad es tu justicia,
Rompe mi cárcel tirana;
Que María no perezca
De la traicion en las garras,
Que salga su honor ileso,
Que pueda enjugar sus lágrimas,
Y entonces mi vida entera
Será á tu amor consagrada."

—

Salvóse Aliatar al triunfo
De la bandera cristiana;
Por eso mira cumplidos
Los sueños de su esperanza.

—

Ya van los amantes tiernos

A gozar su dicha ansiada,
Lejos de aquellos lugares
Do la dicha se empañara.

——

A escape marcha el caballo,
La roja nariz hinchada
Vertiendo copos de espuma
Del vago viento en las alas;
Y en tanto que mas se alejan
Los dos amantes de Alhama,
Mas alegre va la niña
Y de su amor mas ufana.

——

¡Cuán es grata á su memoria
La emocion inesperada
Que su amante le ofreciera
Cuando, tras luchas amargas,
Arrancándose el turbante
Que en su cabeza ostentaba,
"Cristiano soy" le decia,
"Cristiano soy, mi cristiana;"
Y en puro y estrecho abrazo
Juntáronse las dos almas!

——

Ya cerró la noche oscura

Y entre su sombra callada
Se escuchan frases de amores
Que va repitiendo el aura.
¡Oh! ¡Qué alegre va la niña!
¡Qué alegre y enamorada!

